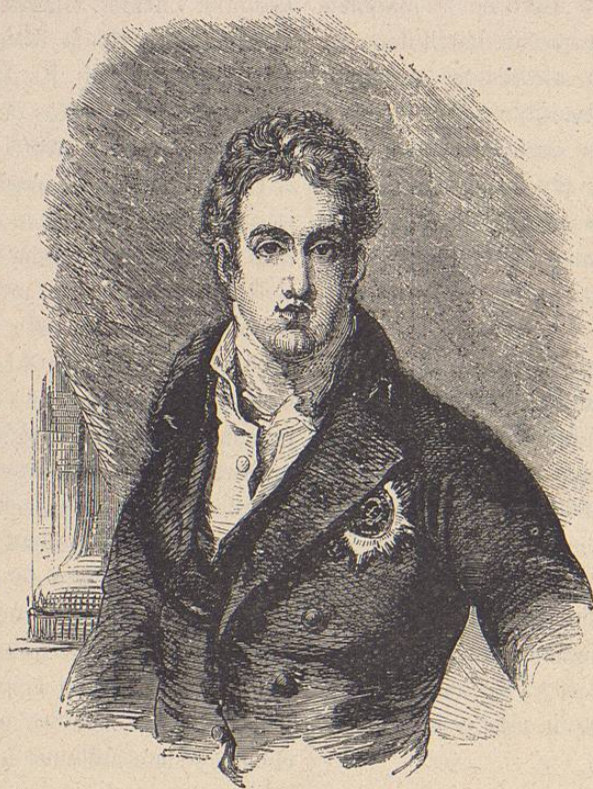


guir la paz, en otros departamentos ni siquiera podían poner en ellos los pies. La Constitución civil del clero era pues necesario abolirla y atenerse pura y exclusivamente al precepto constitucional del año III, que establecía la más completa libertad de cultos garantizando á todos su libre ejercicio, pero sin subvencionar á ninguno, pues la revolución se encontraba ligada no sólo por la resistencia de una parte del clero, sino por la sumisión de la otra par-



LORD CASTLEREAGH

sarios. Entonces se vino en conocimiento de que el culto católico se ejercía en 32.000 iglesias parroquiales, y 4.500 pueblos instaban su restablecimiento. Bonaparte cónsul principió por entregar al clero todos los edificios religiosos que se había apropiado el Estado y no se habían accedido.

Pero el clero refractario andaba dividido, y por consiguiente se podía esperar aprovecharse de esta división. Los más recalcitrantes, los ultras no querían saber nada con el gobierno. Se aprovechaban de la libertad que se les daba y celebraban el culto en casas particulares convertidas en capillas. Los transigentes habían prestado el juramento que Bonaparte les había exigido de respetar las leyes, y se iban introduciendo en todas partes.

Los cultos protestante y judío tenían una libertad completa y no pedían otra cosa más que esta libertad.

te, esto es, por la protección que debía al clero constitucional que Roma tenía por cismático.

El clero constitucional había en medio de las tempestades revolucionarias restablecido por todas partes el culto con gran provecho para la revolución tratada de atea, y en 1797 celebró por Setiembre un Concilio en París al que insistió al clero refractario para buscar las bases de una conciliación que fueron secretamente rechazadas por sus adver-

Pero el clero constitucional si estaba dispuesto siempre á transigir con el clero refractario, sostenía una guerra implacable contra los *Theofilántropos* ó *Amigos de Dios y de los hombres*, sociedad religiosa profundamente deísta que celebraba sus funciones religiosas en las iglesias y en altares cubiertos de flores, cantando himnos á Dios, á la virtud y á la patria, y que se había extendido por todo el país. Esta religión de un dios impersonal, creador y remunerador, contaba entre sus miembros más importantes al antiguo director La Reveillère, al celeberrimo Bernardino de Saint-Pierre autor de la novela *Pablo y Virginia* y al venerable fundador y director del Instituto de jóvenes ciegos, á Haüy, que hacía para los ciegos lo que antes habían hecho para los sordos y mudos los abates L'Epée y Sicard. A estos hombres sin pertenecer á su secta estaban unidos Necker y su hija, Benjamín Constant y el

místico San Martín, todos profundamente religiosos, si bien todos adversarios de todas las confesiones religiosas. A no ser por esto, hubieran podido los theofilántropos entenderse con los sacerdotes constitucionales casados, de los que había más de diez mil, pero la falta de fe en Jesucristo les mantenía á unos y á otros irreconciliables en su campo.

Luégo no hay como la persecución y la injusticia para hacer interesante á una persona. Los sacerdotes refractarios habían sufrido de verdad y esto les daba una aureola de santidad que les daba gran crédito entre las mujeres, manteniéndolas en continua zozobra é inquietud por cuanto se les daba á entender que sus matrimonios eran nulos, sus hijos no



CAMBACERES

eran cristianos, é inútiles sus preces por los vivos y los difuntos.

El bando católico tenía también en 1802 jefes eminentes. Un emigrado bretón, antes volteriano y ahora profundamente católico, Chateaubriand, á cuyo hermano le había cortado el Terror la cabeza como hemos dicho, exaltaba el *Genio del Cristianismo* en una obra superior desde el punto de vista literario, y contribuía á desarrollar con su práctico estilo, esa tendencia general á una restauración religiosa como necesidad de la paz del corazón, tan fuertemente perturbada durante diez años. A este fin Chateaubriand, ejerció una influencia inmensa porque sintiendo con la cabeza y no con el corazón,

dirigió su libro directamente contra los corazones de los que vacilaban y de los que tenían necesidad de ser socorridos poniendo en hermoso relieve todo lo que el Cristianismo tiene de más bello y humano. A su lado apareció de Bonald, escritor dogmático y severo, destinado á ser el legislador del ultramontanismo, sin que pudiera tener celos aún de José de Maistre que sólo empezaba por estos días en darse á conocer.

Si ahora se agrega que todo el mundo oficial era profundamente indiferente en materias religiosas, se comprenderá que con dejar á todas esas tendencias en libertad se había de llegar más ó menos tarde á una pacificación religiosa completa, y á una armo-

nización de todas las doctrinas religiosas de la época, porque el clero hubiera acabado por casarse en masa, y no hay como el amor de la familia para comprender el verdadero carácter del amor divino.

¿Pero podía Bonaparte dejar en libertad las conciencias, cuando las había ahogado en todas partes? Esto no le era posible. Pero tampoco lo era para él someterse á la dirección de Roma. Roma había de ser dirigida por París, el Papa por Bonaparte. Todo esto pudo intentarse con grande energía y con grandes disgustos, pero no era viable, y por no querer Bonaparte tener sujeta á Roma, á la que sólo quería dirigir, esto es, llevarla por donde no le estorbare, Roma triunfó, por aquella ley mecánica que nos dice que las cosas caen del lado que se inclinan.

Bonaparte quería una Roma pontificia reconocida y amiga. El quería ser para ella lo que un Carlomagno, un protector ansioso de levantar su prestigio á condición de que reconociera y confesara que era suyo, si esto no era posible, quería ser para ella un Luís XIV que á poco le impone el culto de su divinidad como otro Augusto.

Bonaparte quería por medio de un Concordato recobrar la facultad de nombrar para los altos cargos episcopales, y consentía en que el clero fuera como antes retribuido, admitiendo naturalmente la confirmación del Papa. Pero la policía de los cultos la quería para la autoridad civil, y el Consejo de Estado tendría ahora sobre el clero la jurisdicción que antes tenían los parlamentos. El Papa debía por consiguiente, admitir la venta que había hecho de los bienes eclesiásticos y procurar la reconciliación entre los refractarios y el Estado, y entre los refractarios y los constitucionales, á cuyo fin proponía Bonaparte abolir todas las diócesis existentes, antiguas y modernas, obligar á sus titulares á renunciar sus puestos y crear quince nuevos arzobispados y cuarenta y cinco obispados, los que se darían á sacerdotes injuramentados y á constitucionales, dando á aquellos mayoría. Como se ve, Bonaparte pedía á Roma mucho más de lo que le daba, de modo que no podía esperar una inteligencia sino del carácter tolerante y humilde del nuevo Papa, Pío VII. El Papa y Bonaparte se conocían ya, y habían estado en relaciones íntimas sobre la restauración católica.

Cuando Pío VII no era más que obispo de Imola vió pasar su diócesis á la república Cisalpina. Sinceramente liberal y tolerante, se apresura á publicar un mandamiento episcopal declarando que la religión cristiana no era incompatible con ninguna forma de gobierno. Esto dicho en 1796 en medio de los soldados franceses le valió su estima y devo-

ción, tanto que ni un solo momento tuvo que temer ni por su persona ni por su diócesis.

Pío VI falleció en 29 de Agosto de 1799, y el Cónclave no se pudo reunir hasta 1.º de Diciembre siguiente, y esto aún gracias á Azara que se había dado buena diligencia en concertar á todos los cardenales al abandonar Pío VI, á Roma. La elección fué difícil y larga. Durante tres meses los cardenales reunidos en Venecia no pudieron entenderse, pero cuando vieron brillar en el horizonte la estrella de Bonaparte la adoraron, y entonces el Chiaramonti de Imola pareció el más á propósito para sacar la Iglesia de Francia de manos de la revolución. Cuando Bonaparte, después de Marengo, indicó al Papa la conveniencia de que mandase á París un representante suyo para tratar de la restauración del culto y de la Iglesia católica, no se lo hizo decir dos veces á pesar de las opiniones de los ultramontanos, y envió á un prelado genovés á Spina quién resultó que tuvo que entenderse para todo lo relativo al Concordato con el abate Bernier, el antiguo vendeano y hoy entusiasta bonapartista.

Spina comprendió desde luego que era inútil intentar nada para recobrar las legaciones, conforme le había indicado el Papa. Así dejó desde luego esta cuestión á un lado, y tuvo que resignarse á seis meses de discusiones, á enviar á Roma el proyecto de Concordato de Bonaparte sin haber podido conseguir siquiera la promesa de que se declararía la religión católica, la religión oficial del Estado. Con el proyecto de Concordato envió Bonaparte al Papa la virgen de Loreto que hasta entonces se había visto en la biblioteca nacional en una vitrina como curiosidad arqueológica, desde la época que la quitaron de su altar los soldados franceses por haber hecho milagros en contra de ellos.

De Roma no volvió el proyecto de Concordato con la firma del Papa, sino un nuevo proyecto de Concordato en el que se reclamaba la declaración de ser la Iglesia católica la Iglesia de Francia, la libertad del culto, y la facultad de adquirir bienes raíces. Nada de esto quería ni podía conceder Bonaparte. Todo iba á romperse cuando Consalvi el cardenal á quien debía el Papa su elección, y el hombre de toda su confianza se presentó en París para buscar una base para una inteligencia. Bonaparte le dió para honrar su representación á su hermano José para entenderse, pero fué Bernier quien continuó la tarea. Por dos y tres veces se pudo dar todo por perdido, porque Consalvi se defendía heroicamente, pero al fin tuvo que ceder y admitir que no se podrían poseer bienes raíces, la limitación

de la libertad del culto cuando interesara á la cuestión de orden público, y como otra concesión importantísima se le hizo á Consalvi la de declararse en el Concordato que el catolicismo era la religión de la mayoría de los franceses.

Para llegar á estos resultados, Bonaparte usó de todos los medios para imponerse al cardenal que supo siempre mantenerse frío y tranquilo, pero entre los medios que empleó Bonaparte, violentos y de mal gusto, ninguno que merezca más enérgica censura que el de haber hecho reunir en París un concilio general del clero constitucional, para dar color á lo que dijo á Consalvi de que como Enrique VIII de Inglaterra estaba decidido á cambiar de religión si no se le firmaba el Concordato. De modo que cuando pactaba entregar al Papa á los sacerdotes constitucionales, era cuando más comprometía á estos en manifestaciones que habían de parecer cismáticas á la Iglesia romana, como la elección de obispos y curas por los fieles, la confirmación de los obispos por los arzobispos, dejando sólo al Papa la confirmación de estos, pero sin que el Papa pudiera en ningún caso negarse á ella. Traicionándolo todo y á todo el mundo, de esta manera hacía Bonaparte su camino.

El Concordato fué al fin firmado en la noche del 16 al 17 de Julio de 1801. La obra de emancipación religiosa de la revolución quedaba destruida y anudada otra vez la cadena de la sujeción del Estado á la Iglesia, pues otra cosa no significaba el Concordato por más que éste consignara principios en abierta oposición con lo que la Iglesia había siempre sostenido. Este es el destino particular de Bonaparte, llevar adelante la revolución cuando más se figura destruirla. Desde el momento que el culto externo es ya cuestión de policía, la Iglesia nacional corría peligro de desaparecer.

«La impresión que en el público causó la celebración del Concordato, dice Martín, fué la de la sorpresa como delante de una cosa extraña. Cuando el primer Cónsul dió conocimiento del Concordato al Consejo de Estado y le expuso elocuente y largamente sus pretendidas ventajas, el Consejo de Estado, el cuerpo más sumiso á Bonaparte y el más íntimamente ligado á su política, no respondió sino con un silencio glacial,—6 de Agosto.»

Las consecuencias de este silencio, que ya iba siendo el género de oposición que encontraba en todas partes Bonaparte, se hicieron sentir desde luego. Desde el mismo 6 de Agosto se dió orden al ministro de Policía para que informara á los periodistas que en adelante debían abstenese de toda

discusión sobre materias religiosas, pues sus ministros, la religión y sus discursos cultos eran de nuevo declarados sagrados. Por consiguiente estos no pudieron discutir la disolución del concilio del clero constitucional que tuvo que suspender sus sesiones, y pocas semanas después, el 3 de Octubre de 1801, prohibía las sesiones de los theofilántropos cuyo culto desapareció sin dejar rastro, que este es el destino de todo lo que quiere significar una transacción en materias de fe.

Sin embargo, Bonaparte, difirió la presentación del Concordato á los altos cuerpos del Estado para su aprobación, pues resultó, que mientras los obispos constitucionales dimitieron en masa, algunos de los refractarios se negaron á hacerlo hasta á pesar de las órdenes del Papa, quién, en verdad, no podía exigirles la dimisión. Esto unido á la pretensión de Bonaparte de que se nombraran algunos obispos constitucionales, á lo que el Papa no asentía sino á condición de que abominaran los obispos en cuestión de su conducta pasada, producía discusiones y perturbaciones íntimas que Bonaparte temió no se hicieran públicas con motivo de la discusión por el Tribunado y el Senado del Concordato, y como lo que más temía el primer Cónsul era la oposición de principios por lo que aún estos enardecían las antiguas pasiones, por esto resolvió demorar la presentación de la obra de Bernier y Consalvi para cuando se presentase una ocasión favorable. Por de pronto la paz con la Iglesia se había hecho, la reconciliación con el clero se había hecho también, y por consiguiente no había obstáculo para que el clero se acercara á él por todas partes.

Por el mismo tiempo se daba la última mano al Código civil cuya obra ya hemos visto como iba adelantando en medio de las tempestades revolucionarias. En Julio de 1800 se nombró una comisión de cuatro miembros de la que formaban parte Portalis y Tronchet, encargada de elaborar un proyecto que luego se mandó á los tribunales para que informasen, debiéndose presentar por último todo junto al Consejo de Estado. De modo que eran los hombres que habían casi dado por acabada su obra en tiempos de la Convención, los Tronchet, Cambaceres, Treillard, Merlin de Douai, etc., los que ahora consentían que Bonaparte se apropiase el trabajo de la revolución.

«Bonaparte se condujo por otra parte, dice Martín, con una alta habilidad para atribuirse, delante de Francia y de Europa, la apariencia de un gran legislador. Para desempeñar este papel, fuéronle necesarias las facultades extraordinarias de que esta-